La ancianita quiere darnos sus cosas

Al norte de Granada, en un lugar hoy por completo transformado, vivían ellos. Un hombre mayor que lo llamaban "El Anciano", otro hombre más joven amigo de un borriquillo ceniciento, la mujer también bastante joven y madre de una niña amante de las flores, cielos azules y la hierba y el pastor. Este último recorría las montañas cercanas guiando a su rebaño de ovejas, siempre acompañado de un muy sociable perro mastín.

En la casa o cortijo, construcción en el campo ocupada por personas que labran las tierras, también había un bonito caballo que era el sueño de la pequeña. La huerta, siempre con muchas plantas y frutos, los manantiales, el bonito Charco
Azul junto al manantial del balneario y la era, en lo más alto de un cerro conocido con el nombre de Cerro de la Ermita. Estos lugares, arroyos, cañadas, ríos y laderas, eran los escenarios que un día y otro recorría la pequeña, casi siempre acompañada de su caballo, el borriquillo ceniciento y el dueño de este asno. Eran su diversión estos animalillos y era su amigo, hermano, protector y héroe, el dueño joven del borriquillo.

Muy amante tanto de los animales como de la naturaleza en general, este hombre recogía sus vivencias, sueños y emociones, en escritos que guardaba con cariño y a veces compartía con su amigo el pastor, con la madre de la niña y con ésta. Pero con quién más compartir estás reflexiones escritas, era con su amigo animal el borriquillo. Lo tenía bautizado con un nombre muy especial y muchas veces, recorrían juntos y en compañía de la pequeña, lugares y rincones por donde la alhambra, río Darro y bosques cercanos. Por eso, con el tiempo, se hicieron amigos de una mujer mayor que vivía en el barrio del Albaicín.

Esta mujer tenía su nombre propio pero ellos siempre la llamaban "La Ancianita". Su corazón era todo ternura y amor, nunca pedía nada ni se enfadaba con nadie. Siempre sonreía y agradecía sinceramente cualquier detalle que se tuvieran con ella. Envejecía cada día un poquito en su humilde casa en la parte alta del Albaicín desde donde se veía la Alhambra y Sierra Nevada al fondo.

Un invierno, hizo mucho frío, nevó bastante y por los días de fin de año, los campos amanecían blancos de escarcha. Recogidos en sí, junto al fuego en la chimenea del cortijo, una noche ya próxima fin de año, el hombre dueño del borriquillo escribió lo siguiente:

"Anoche estábamos reunidos en torno al fuego y llegó el vecino con la noticia:
- La ancianita quiere que vayáis a verla.
Preguntó la niña:
- ¿Le pasa algo?
Y el que había llegado respondió:
- Está en la cama con resfriado pero ella quiere veros para otra cosa.
Seguimos reunidos junto al fuego de la chimenea del cortijo pero ahora ya con una inquietud en el corazón.

Y hoy, en cuanto ha amanecido, nos hemos preparado para ir a su casa. Vamos a ir todos, Sinombre, tú también. Antes de que se levante la niña ya he preparado yo su caballo Enebro. Y Álamo y el pastor también están listos. A ti y a Enebro os reluce el pelo hoy como si acabarais de bañaros en aceite. El agua medicinal del balneario y la refriega que la niña os dio ayer os ha dejado limpios como un jaspe. El negro profundo del color del pelo de Enebro ni siquiera parece real de tan brillante y limpio. Recuerdo ahora que un día la Princesa preguntaba si existe o no caballos completamente negros. Tendría que venir ella y ver a Enebro para que se convenza que los caballos negros existen de verdad. Al salir el sol nos ponemos en marcha y subimos por la cañada de las albercas, remontamos al Cerro de la Viña y giramos para el sol del mediodía. A lo lejos se ven las cumbres de Sierra Nevada y la nieve reluciendo en las laderas. En seguida vemos el barrio de las casas de arriba que es donde vive la ancianita. Le traemos unas pocas naranjas, manzanas de la Cañada del Agua y agua del balneario porque a ella le gusta mucho y la cura un poco. Al entrar por las calles del barrio las personas nos miran y, sobre todo, a la niña montada en su bonito caballo negro. Tú, Sinombre, trotas a mi lado y el pastor con la amiga de la niña y Álamo van los primeros. Como abriendo paso.

Llegamos a la casa, tocamos en la puerta y oímos que nos responde dentro:
- Pasad que está abierta.
Entramos a la estancia y la vemos sentada frente a la lumbre de la chimenea. La saluda la niña con un beso y le pregunta:
- ¿Qué te pasa a ti?
Responde:
- Estoy bien pero necesitaba veros.

- ¿Para qué nos necesitas?
- Dentro de dos días se termina el año. Presiento que yo también voy a irme pronto y, antes de que suceda, quiero daros mis cosas.
- ¿Qué cosas quiere dejarnos?
- Tengo un poquillo de dinero ahorrado y os lo voy a dar. En ese cajón que hay junto a la chimenea lo guardo.

La ancianita quiere levantarse para coger su dinero y entregárnoslo ahora mismo. Le decimos que espere que nosotros no tenemos prisa. Ahora mismo le estamos dando compañía y no queremos más. La niña se sienta a su lado y al cogerle la mano le pregunta:
- ¿Y qué quieres que hagamos nosotros con tu dinero?
Le contesta la ancianita:
- Lo único que quiero es que cuando muera yo nadie venga a mi casa a llevarse lo que no es suyo.

Sinombre, con el dinero de la ancianita, sus ahorros de toda la vida, ¿qué haremos nosotros? Ella nos lo da y ya se siente libre, limpia, con menos carga para irse. Como decía la mariposa Marta: “Para elevarse sobre la tierra y volar a las estrellas.” Pero nosotros no sabremos qué hacer con, lo que fueron sus ilusiones a lo largo del tiempo que ha vivido, su dinero. ¿Nos vamos a ir de juerga y nos lo gastamos en borracheras? ¿Nos vamos a comprar trajes lujosos o joyas? Mañana por la noche ya es fin de año y nosotros no lo vamos a celebrar de la manera que sí lo hace todo el mundo. Pero si la ancianita nos da su dinero, dice que poco pero yo sé que es mucho ¿qué haremos?

Yo estoy pensando que, aunque el dinero es necesario para la vida en este suelo, podemos decirle que lo aceptamos con una condición muy importante: que a cambio de aceptar nosotros su dinero, ella, el día que ya esté en el cielo, nos vaya preparando allí el mejor lugar a su lado. El dinero y otras muchas cosas en este suelo, no tienen valor alguno comparado con ese lugar que a su lado y allá en el cielo le vamos a pedir que nos prepare”.